

3 cuentos

A la 1 mi mula se transformaba en un monstruo despelado por un baño de uranio.

A las 2 mi reloj en las historietas del Diario Nacional: A este pueblo le gusta leer muñequitos.

A las 3 mi café decía: ¡Qué barbaridad!

A las 4 mi gato quería tener 2 grandes bolas entre las piernas.

—¡Ey, gallo!

Al pasar por el callejón del Jorobado lo llamaron desde la maleza.

—¡Aquí! —dijo la voz.

Y pensó que sería uno de aquellos ruidos campesinos que formaban los Chicos Malos para leer libros pornográficos.

—¿Qué hay, gallos?

Encontró rostros familiares, aunque algo excitados.

venir en su Buick cuando la yegua se atravesó en el camino.

—¿Y la aplastó?

—No. Se bajó del carro y le metió dos tiros.

—Con estos ojos lo vi todo —dijo Danielito apareciendo entre la maleza de romerillos—. Dos tiros.

—Hijo de puta —dijo Agar.

—Yo no sé nada de eso, gallo —dijo Daniel—.

—Pero hay que llegarles —aseguró Quico Palacios—. ¡Hay que "saber" llegarles!

—¿Es muy a lo hondo? —quiso saber Agar. En su mente sacaba cuentas de acuerdo a sus recursos.

—Ocho pulgadas al fondo —dijo Daniel—. Aunque eso varía. Ocho, nueve... Ahí la mujer tiene el punto débil.

Se sintió frustrado. Era demasiado. Recordó

GUILLERMO ROSALES

a las 6 pan de rey

GUILLERMO ROSALES

—Gallo, te vamos a enseñar algo —dijo Henry. Agar vio a algunos fumar y encendió uno de los suyos. Absorbió el humo hasta sentir los pulmones repletos. Viéndolos fumar, algunos hasta con tres cigarros a la vez, recordó las lamentaciones de Mamá Pepita llenas de indignación.

—No le des más vuelta —decía Papá Lorenzo—. Son "El Casco de la Mala Idea". Todo lo hacen para llevar la contraria. Pero ¡Ahhh! —advertía, achicando los ojos—, si yo lo veo a él en ese juego, ¡pan! Lo mato redondito.

—Vamos allá —dijo Agar, soltando el humo por la nariz—. Supongo que no sea una birria.

—Ven, gallo —dijo Henry apartando la maleza—. ¿No sientes el olor, gallo?

—¿Qué hay? —preguntó Agar, intrigado. Ya no podía más de la peste.

Bordearon la casa abandonada. En un tiempo había sido una bella casa, pero ahora los Chicos Malos habían destruido sus cristales por completo.

Al fin llegaron al lugar. La peste era insoportable.

—Es una yegua muerta —dijo Henry—. Y estaba para parir. ¿No le ves el bollo, Agar?

Una bandada de moscas revoloteaba alrededor del asunto.

—¡Iba a parir —insistió Henry—. Estaba amarrada a la manigua de Liborio y se soltó.

—El Capitán la mató —apuntó Quico Palacios, poniéndole la bota en la barriga hinchada—. Godínez, el capitán de la marina. Danielito lo vio

A mí la política no me interesa. Lo que sí te digo es que estaba cargada.

Y Danielito recogió una varilla de romerillo y la encajó con fuerza en el sexo de la bestia muerta. Agar se estremeció de espanto cuando la rama entró, rompiendo la carne.

Henry se afincó a sus hombros. Súbitamente, Agar sintió grandes deseos de manejar aquella rama.

—Dame ese palo, gallo —dijo, mordiéndose el labio—. La voy a desfondar.

Tomó la rama y la hundió con fuerza, hurgando en aquel orificio, hasta que salió un hilillo de líquido blancuzco.

—Se vino, gallo —susurró Henry. Y Agar sintió la mano del muchacho temblar sobre su hombro—. ¡Es así! ¡Es así! —El sol flagelaba el monte de romerillos y un aura voló en espiral sobre sus cabezas.

Agar sentía dos impulsos. Uno lo tiraba del cuerpo, queriendo sacarlo de allí y empujándolo a correr para siempre. Otro le dirigía el brazo, haciéndolo hundir la rama hasta el final.

Por último quedó asqueado, pero extrañamente satisfecho.

—No seas estúpido... —dijo después, tirando la rama bien lejos—. Está muerta.

Danielito Sesohueco se sentó sobre la panza inflada del animal. Aspiró el humo de su cigarro y dijo:

—Pero las mujeres funcionan así, más o menos.

que en el baño de su casa entraba por las tardes con la regla de geometría escondida, para medirse lo suyo. Y no pasaba de las cinco.

—¿Qué haces tú con una regla en el inodoro? —quería saber, extrañada, Mamá Pepita.

—La traje sin querer —respondió él.

Pensó que si Mamá Pepita hubiera sospechado algo, habría tenido que colgarse de una lámpara. Los recuerdos se evaporaron.

Daniel seguía explicando:

—Mujeres, las hay de todas clases. Anchas y estrechas. Frías y calientes. Mi madre, por ejemplo, es fría —de nuevo mil alfileres le pincharon la cara.

—¿Por qué? —preguntó.

—Mi viejo lo comenta a cada rato —dijo Daniel con un tono de indiferencia—. Ya eres un hombre, dice. Ya se te puede hablar como los hombres. ¿Verdad? Y después, me dice: ¿sabes cuánto tiempo tu madre y yo llevamos sin hacer "eso"? ¡Un mes! ¿Tú crees que eso es justo? Y después viene y me dice: Para la casa, búscate una gallega; para salir, una inglesa; y para gozar, una india. ¿Qué te parece?

—Oye, gallo —dijo Henry—. ¡Qué viejo más bravo te tocó!

—Es un jodedor —dijo Danielito. Se registró la nariz con el dedo y agregó—. Hace un mes, cuando cumplí los once, me habló en la sala como un amigo. Hijo, va y me dice: ya eres un hombre. Y como hombre te voy a decir algo. (Y a todas éstas mamá haciéndole señas por detrás para que se callara la boca.) Se echó a

reír y dijo: Eso que tienes ahí, no es sólo para orinar, ¿entiendes? Es para usarlo. ¡Para usarlo bien! Y con la misma, la vieja: ¡Bestia! Pero él como si nada. Se encogió de hombros y dijo: ¡Es mi deber! Mi padre hizo igual conmigo. Y el suyo con el suyo. Y el otro con el otro. Y así... hasta el infinito.

Danielito Sesohueco tomó una rama de pino y la pasó entre sus dedos cerrados.

–De todas maneras –dijo, regresando al tema de interés–, yo no me apuro. El asunto crece hasta los veintiuno. A razón de una pulgada por año.

Echó el humo con arrogancia y agregó:

–¡Lo mío será de leyenda!

Y Agar se sintió renacer. Volvió las espaldas tocándose entre las piernas. De los once que tenía hasta los veintiuno, quedaban diez largos años. Y Daniel sacaba cuentas a razón de pulgada por año. Se palpó el pene y lo sintió diminuto bajo la ropa. Muchas veces pasaba vergüenza imaginando que jamás crecería.

Como aquel día en que orinaron los bancos del parque, y él tuvo que buscarse bien porque aquello no salía de puro nerviosismo, y El Hueso preguntó:

–¿Qué, gallo? ¿Se te perdió?

Y él terminó sacándolo por fin. Aunque recordaba que después el chorro no había bajado, y sin embargo aquella noche se había orinado abundantemente sobre la cama. ☒

Estuvieron un rato saltándola, hasta que cayeron sentados en la yerba. La perra de Pacheco había venido con ellos y ladraba furiosamente al cadáver putrefacto. El Hueso la llamó y le escupió en la boca y ella se tragó la saliva del Hueso.

–A propósito, Gallo, ¿sabes quién se murió?

–No.

–Pues uno que estaba vivo.

Risas.

Agar se sintió burlado.

–Pásame una aldaba, gallo –dijo Quico Costillas. Y después prendió el cigarro ahuecando sabiamente la mano. Agar recordó, mientras fumaba, a Mamá Pepita el día que le olió la boca.

–Este niño fuma –descubrió asombrada–. Tiene olor a fumadero de opio.

Recordó sucesivamente episodios anteriores. Como el día que descubrieron cigarros en su camisa y Mamá Pepita guardó la caja para enseñarla a Papá Lorenzo cuando este volviera del trabajo.

Entonces pasó toda la tarde temblando como una hoja en su cuarto. Y deseó que esa noche alguien viniera con la noticia de que Papá Lorenzo había sufrido un accidente en el auto.

A las nueve Papá Lorenzo no había regresado aún, y pensó entonces que lo había matado con sus ruegos. En el fondo, comprendió que no quería matar a su padre.

terrenos de pelota y allí me perseguía por todas las bases con una faja doblada.

–¡Hay que trabajar! –iba diciendo.

Papá Lorenzo sonrió ligeramente y continuó:

–Yo hubiera dado un buen jugador de Grandes Ligas. Si no hubiera sido por el hambre que pasé, ¡sabe Dios donde estuviera ahora! Una vez Tom Casey me vio jugando y le gusté.

–¡Lástima de muchacho! –dijo Tom Casey–. Con veinte libras más, lo contrataba para el Cincinnati.

Y Papá Lorenzo asintió sus palabras con vehemencia y dijo después:

–¡Je...! Yo daba un buen center field.

Así era. Lo quería a veces.

Sin embargo, la noche de los cigarros, llegó por fin, a las once. Sano y salvo.

–¿Estas son las marcas que fumas, vicioso? –quiso saber Papá Lorenzo.

–No –dijo él. Se arrepentía ahora de haber sido débil. Comprendía que el Destino Imaginario había castigado su indecisión.

–Muerto o vivo –había insinuado el Destino–. Pero término medio, no.

–¡Abre la boca! –ordenó Papá Lorenzo levantando el paquete de cigarrillos frente a su cara–. ¡Ábrela! ¡Ábrela! ¡Ábrela!

–¡Ya empiezas con la salvajada! –chilló desde el sofá Mamá Pepita.

Siempre era así.

G U I L L E R M O R O S A L E S

a las 7 mi machete

G U I L L E R M O R O S A L E S

Estaban tirados sobre la yerba. Fumando bajo el sol en torno a la yegua. La maleza de romerillos se abrió, y los Chicos Malos irrumpieron en el ambiente.

–¡Un tesoro! –gritó Tin Marbán–. Los gallos encontraron un tesoro.

Y todos exploraron la bestia muerta.

–Dejarlo inválido, sí –pidió–. ¡Pero déjalo vivir!

En el fondo no se entendía claramente. Veía a Papá Lorenzo mirar los descascarados del techo y escribir nombres con el dedo sobre el aire, y creía quererlo.

–A mí me criaron a puro palo –dijo Papá Lorenzo aquella vez, mirando alelado las paredes–. Mi padre me iba a buscar a los

Siempre amenazando con delatarlo y después, arrepentida y angustiada en el sofá.

–Es este barrio... –murmuró desde allí–. Es este país, esta vida.

Papá Lorenzo le apretó las quijadas y él abrió la boca finalmente.

Los cigarros entraron hasta la garganta.

–¡Trágetelos! –gritó Papá Lorenzo–. ¡Trágate los, vicioso! Eres la estampa de la Herejía...

Estaba atorado.

El novelista Guillermo Rosales, que en un cuartucho del South West se destrozó la cabeza con una treinta y ocho que nadie sabe de dónde sacó porque no tenía ni con qué comer. Guillermo, exiliado total, narrador de nacimiento, homeless en la capital de los millonarios cubanos. Somos la intemperie, la insolidaridad, crear en medio de una conspiración perpetua. Y también somos Guillermo Rosales, que se dispara, salpicando todo de sangre (Miami y la isla entera), pero con su novela bajo el brazo. Dando testimonio. También vencedor.

Juan Abreu

Mamá Pepita lo llevó entre hipos a la taza del inodoro y él vomitó un jugo amarillo y picadura. Mientras se apoyaba en la pared recordó los sucesos de "la sal". También entonces Mamá Pepita le había ido con la cantinela de los vicios.

–Este niño come mucha sal –dijo Mamá Pepita.

–Deja que reviente –recomendó Papá Lorenzo revisando la página gráfica.

–¿No sabes que la sal agua la sangre?
–reprochó Mamá Pepita–. Te vas a poner amarillo.

Papá Lorenzo hojeó el diario con ojos ausentes. Parecía muy cansado.

–¿A ti no te importa, verdad? –le espetó de pronto Pepita–. El muchacho se pasa la vida comiendo sal y a ti no te importa que reviente.

–¿Qué quieres que haga? –gritó Papá Lorenzo dando un respingo–. ¿Que lo mate?

Y con la misma saltó de su asiento y buscó a Agar con la mirada.

–¡Así que el niño se come la sal! –dijo después, como repitiendo un papel aprendido de memoria.

–Tiene vicio –aseguró, más conforme, Mamá Pepita.

–¿Vicio? Yo conozco una forma de quitar el vicio.

De modo que Papá Lorenzo fue a la despensa y regresó después con el puño lleno de sal.

–¡Toma sal! –gritó–. Para que te mueras del gusto.

Y echó el puñado de sal en la boca de Agar.

–¡Animal! –gritó entonces Mamá Pepita. Corrió hacia Agar y le dio palmadas de ayuda en las espaldas.

Y Agar seguía sin entender. Había sucedido igual cuando el suceso del inodoro. Allí también Mamá Pepita había sido dos: La Bruja, y el Hada de Pinocho.

–Pinocho no hala la cadena del inodoro –dijo.

Papá Lorenzo Strómboli saltó de nuevo hastiado de los gritos.

–¿Por qué no halas la cadena, cabeza de aserrín?

–No sé... –trató de explicar Agar–. A veces se me olvida... ¡Qué sé yo!

–Con el apurillo de ir a mataperrear, ¿eh? Y ahora te ibas sin halarla, ¿eh?

Y le tiró de las orejas.

–¡Ven acá! –dijo Papá Lorenzo. Y Agar recordó las voces de los Chicos Malos jugando con su nombre:

–¡Ven acá, Agar! ¡Ven acá Gar! ¡Ven a Cagar!

Papá Lorenzo lo condujo a empellones hasta el inodoro. Agar pateó con furia frente a la taza. Papá Lorenzo dijo:

–Este día no se te olvidará nunca jamás.

Y le ordenó después que metiera la mano en el fondo amarillo.

–¡Arriba! –ordenó Papá Lorenzo.

A las 5 te hincó ojo por ojo.

A las 8 te pongo el mocho descabezando, desmembrando, deshojando.

A las 9 te lo quito sacando los órganos del animal y poniéndolos sobre el césped.

A las 10 botellita de jerez sentía que sólo convirtiéndose en un héroe podría librarse de su pasado.

¿Cuándo aprenderás a halar la cadena del inodoro? ¿Cuándo aprenderás a no fumar? ¿Cuándo aprenderás a no decir cochinas? ¿Cuándo aprenderás a respetar a tu madre? ¿A lavarte las manos, los dientes, a no decir mentiras?

Lo odiaba. Le hubiera clavado una estaca de madera. Bien adentro. Y lo otro sería fácil. Huir, huir, y volver a los 30 años, cuando el crimen se hubiera olvidado.


–Ey, gallos... ¿quién de aquí no ha soñado con perderse y volver a aparecer como un gran personaje muchos años después? –había dicho Tin Marbán una vez.

–Aunque yo para eso tengo una fórmula –dijo después–. Cambiar de pelado. El que

–Cambia de canal, viejo –dijo la voz indiferente de Mamá Pepita–. Pon a Gaspar Pumariaga. A lo mejor hoy sortean batidoras Phillips.

–Ese gordo miserable me da asco –dijo Papá Lorenzo–. Es el clásico explotador de mentalidades de mono. Como la tuya.

Agar se limpió la cortada con papel sanitario. Volvió los ojos al espejo y se lanzó una mueca terrible. Fue, finalmente, hacia un rincón de su cuarto y allí se echó.

Cerró los ojos.
Desde la sala rieron los payasos. Pero no los oyó. Manejaba ahora un avión cargado de bombas atómicas, que dejaría caer después sobre la ciudad de La Habana. 

G R O S A L E S

a las 14 un viejo cose

G U I L L E R M O R

cambia de pelado cambia de vida. La gente se olvida hasta de tu nombre. Eres alguien sin pasado.

Mamá Pepita rezongó desde el sofá sin causa precisa. Papá Lorenzo veía en la televisión un programa de payasos.

Estaba solo en el baño y al mirarse en el espejo admitió que era un niño feo.

Se odió. Odió su cuerpo y su cara. Y se odió por dentro.

–Debes morir –pensó. Y tomó una cuchilla de afeitar. “Y todo será tan fácil como pasar esta cuchilla sobre estas venas”.

De modo que pasó la cuchilla suavemente, presionando después hasta hacerse un corte algo más abajo que la muñeca. Así quedó. Viendo su sangre descender lentamente por el brazo. Pero inmediatamente imaginó que la sangre era la lava del volcán y los vellos del brazo una legión de Hombres-Pelo espantados.

–¡NOS HUNDIMOS! –gritaron los Hombres-Pelo.

La sangre llegó al codo. Los Hombres-Pelo estaban hundidos. Los payasos rieron desde el televisor.

Los rotarios se habían ido. Desde su cuarto, Agar vio a Papá Lorenzo entrar y caer abatido en el sofá.

La tarde era clara y asfixiante y flotaba en el aire un polvo de modorra. Papá Lorenzo hojeó las historietas del Diario Nacional y al cabo de un rato dejó escapar una sonrisa moribunda.

Papá Lorenzo guarda misterios. Tiene dos caras, como el bicéfalo de Finstown. Juar, juar –rfe– y con la otra cara está diciendo: ¡Mal rayo los parta a todos!

Mamá Pepita pasó rumbo al cuarto.
–Cambia esa cara, hijo –comentó al pasar junto a su esposo.

Papá Lorenzo la miró y dijo con acidez:
–¡Estoy muy contento! Seguramente tengo motivos para estarlo...

–En esta casa se respira siempre un ambiente de velorio –dijo Mamá Pepita.

Y se fue al cuarto y Agar la escuchó trastear con las fotos viejas.

Silencio.
Papá Lorenzo dejó caer los periódicos y quedó mirando un punto en la pared. Lelo.

–Yo sé que soy una bestia –admitió después, sin referirse a nadie–. No puedo ser de otra forma. No puedo.

Se olió bajo los brazos y dejó caer las espaldas en el sofá.

Agar sabía lo que vendría ahora. Sabía lo que haría Papá Lorenzo desplomado a lo largo del sofá, mirando sin expresión un punto en la pared. Ahora Papá Lorenzo escribiría sobre el vacío con la punta de su dedo. Escribió:

STALIN

–Hombre de hierro... –murmuró después Papá Lorenzo. Parecía tremendamente agotado.

Su cara, surcada de rayas, fue amarga cuando dijo:

–¡Camaradas! Todo el mundo conoce ya la historia de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción. Todo el mundo conoce la ley de los Cambios Cuantitativos y Cualitativos. Y todo el mundo sabe de la alianza indisoluble del campesinado y el proletariado.

Su voz era dramática. Teatral. Agar la escuchó retumbar en la soledad de la sala y pensó que si hubiera sido el público de Papá Lorenzo no le hubiera gustado su estilo de discursar.

Papá Lorenzo saltó del sofá y volvió a la carga, dirigiéndose a las paredes silenciosas:

–Una superestructura deficiente corresponde a una base económica deficiente. Y la podredumbre de esta sociedad, hay que buscarla en las raíces sociales y materiales de este pueblo de miseria. Esta isla de corcho que flota gracias a la magia y al choteo de todos sus componentes. ¡A h h h h! Pero ya están dispersas las tropas de Moctezuma. Ya están viejas las banderas del Partido Comunista. La tierra prometida no vendrá. Como no vendrá el tren de dinamita ni la cabeza de un guanajo. ¡Camaradas! ¡La Revolución necesita savia nueva! ¡Sangre nueva! ¡Caras nuevas! Esta es la verdad nunca revelada. Esta es la razón de todas las razones...

“Aplausos”, pensó Agar. Asomaba su ojo por un resquicio de la puerta y veía a Papá Lorenzo con el brazo levantado y el dedo apuntando a la lámpara del techo.

Cayó el brazo. El dedo volvió a su natural engrifamiento. Papá Lorenzo se dejó caer de nuevo en el sofá.

–Soy un mierda –dijo desde allí. No parecía decirlo con amargura. Lo decía con convencimiento y algo de resignada indiferencia–. ¡Todos somos unos mierdas! ¡Tú! –dijo

volviéndose al cuarto donde Mamá Pepita trajinaba con las fotos viejas–. ¡Yo! –dijo–. ¡Y hasta ese chiquillo desesperante que has parido!

Agar escondió la cabeza bajo la almohada.

Papá Lorenzo se repantigó en el sofá y suspiró profundamente.

–En fin... –suspiró– ...mierda.

Y quedó callado, con los ojos perdidos en el techo.

–¿No vas a seguir gritando? –quiso saber Mamá Pepita con fingida indiferencia–. Grita más, bobo. Para que te oigan los vecinos. ¡Grita más, anda!

–¡Grito cuanto quiero! –gritó Papá Lorenzo–. ¡Esta casa la pago yo con mi dinero!

Mamá Pepita dejó caer las fotos con fuerza y salió a la sala. Agar previó la tormenta y cerró furtivamente la puerta del cuarto.

–Ese niño está escuchándolo todo –dijo mamá Pepita–. Y afuera se escucha todo como si estuvieran dándolo por radio.

Agar cerró los ojos lentamente. Volvía a la absoluta oscuridad y repasaba su vida y los recuerdos le venían atropellados.

–Tu padre es un comunista muy extraño –dijo Abuela Ágata–. Primero recogía votos y organizaba huelgas y hasta me hizo votar por la candidatura Popular. Y ahora se hizo contador público, y te quiere meter en un colegio de ricos, y al carajo las huelgas, y los votos, y yo sigo afiliada a esa Candidatura Popular, ¿eh? ¡Ahora resulta que es rotario! Comunista y Rotario Internacional. No entiendo. “Es una cuestión de táctica”, dice. ¿Táctica? Yo no entiendo nada de táctica. ¡Que me devuelva mi carnet electoral! ¡Eso es lo que quiero!

Y metió la cabeza dentro del caldero y raspó el fondo con la espumadera. La sacó de nuevo para decir:

–¿Crees que no sé que los comunistas acabarán con los negocios de cantina si toman el poder? ¡Tu mismo padre me lo dijo! Con la estrella de Lenine y Staline acabarán con mis cantinas. ¡No! ¡Estoy votando contra mí misma! ¡Que me devuelva mi cédula! Quiero votar por el Partido Auténtico. Y recuerda esto, mi hijo: “Viva el comunismo, viva la amistad, y si tienes dos pesetas, regálame la mitad”.

Y rió, envuelta en el humo de los calderos. Como aquella bruja de “Historias Macabras” que volaba hacia los campanarios sobre una escoba despelusada.

¡Comunista!, pensó Agar. No quisiera que mi padre fuera comunista. Comunista es

también El Rey Cobra y vuela en un avión a chorro comunista, y tiene su base en la Isla Roja, desde donde ataca a los Halcones Negros. Chuck, Olaf, Endrickson, Stanislaus, André el francés, y el chinito Chop Chop.

¡Diantre! Me gustaría estar en ese grupo. Y pasaría entre el ruedo de Chicos Malos con un halcón grabado en la camisa. Y Papá Lorenzo vendría, sin chiflarme, y me pediría con toda humildad que volviera a casa.

–Lo siento –dijo yo.

–Te pesará –dijo Papá Lorenzo.

Y después fue y regresó en “La Rueda Infernal” y trató de pasarnos por encima.

–¡Mueran, perros capitalistas! –iba diciendo Papá Lorenzo. Y nuestras balas se estrellaban contra las orugas de su rueda.

Abrió los ojos. El sargento York volvió a aparecer en la pared del baño. Recordó que él también se había batido en los “Frentes de Guerra”. Como aquel día en que estaban los dos envueltos en el humo del combate.

–¡Arriba, muchacho! –dijo el sargento York. Sudaba copiosamente y estrujaba un papel en la mano.

–¡Brinca de una vez, muchacho! Es el pueblo chino el que pide tu ayuda contra los Rojos.

Agar se dispuso a saltar.

–¡Espera! –dijo York. Lo sujetó por el hombro, tendiéndole algo.

–Toma, muchacho. Es un billete de cinco dólares. Algo estrujado, pero aún vale. Cuando acabe este infierno, hijo... bébete una buena cerveza a la salud del viejo sargento York. ¿Lo harás?


–¡York! –gritó Agar–. ¡Sargento York!

Había muerto.

Agar miró el campo de batalla y comprendió que el combate se decidía allí, en aquel preciso momento. Y, sin pensarlo, se lanzó furiosamente sobre el enemigo. Sobre los chinos rojos y amarillos de Corea.

No. Definitivamente no le gustaban los comunistas.

El Halcón, el Sargento York y todos los demás eran lindos, y los comunistas calvos y sin dientes.

–Todos con el culo remendado –decía Abuela Ágata–. Todos con olor a taller de bicicletas. 

A las 11 campana de bronce alzó la estaca de madera y la dejó caer con fuerza sobre su corazón.

A las 12 una vieja cose realmente feliz a solas.

A las 13 un enano crece con un cansancio viejo, profundo.

A las 15 te rayo el linde dando vueltas de un lado para otro hasta que reventaba a llorar de indignación.